

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID

	Ptas.	Cts.
Un trimestre.....	2	50
Un semestre.....	5	»
Un año.....	10	»

PROVINCIAS

Tres meses.....	3	»
Seis.....	5	50
Un año.....	10	»
Extranjero y Ultramar.	5 pesos	

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTIN.....	2	50
Idem del SUPLEMENTO.....	»	75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.

ADMINISTRACION

SAN BERNARDO, 34, PRIMERO DERECHA

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.

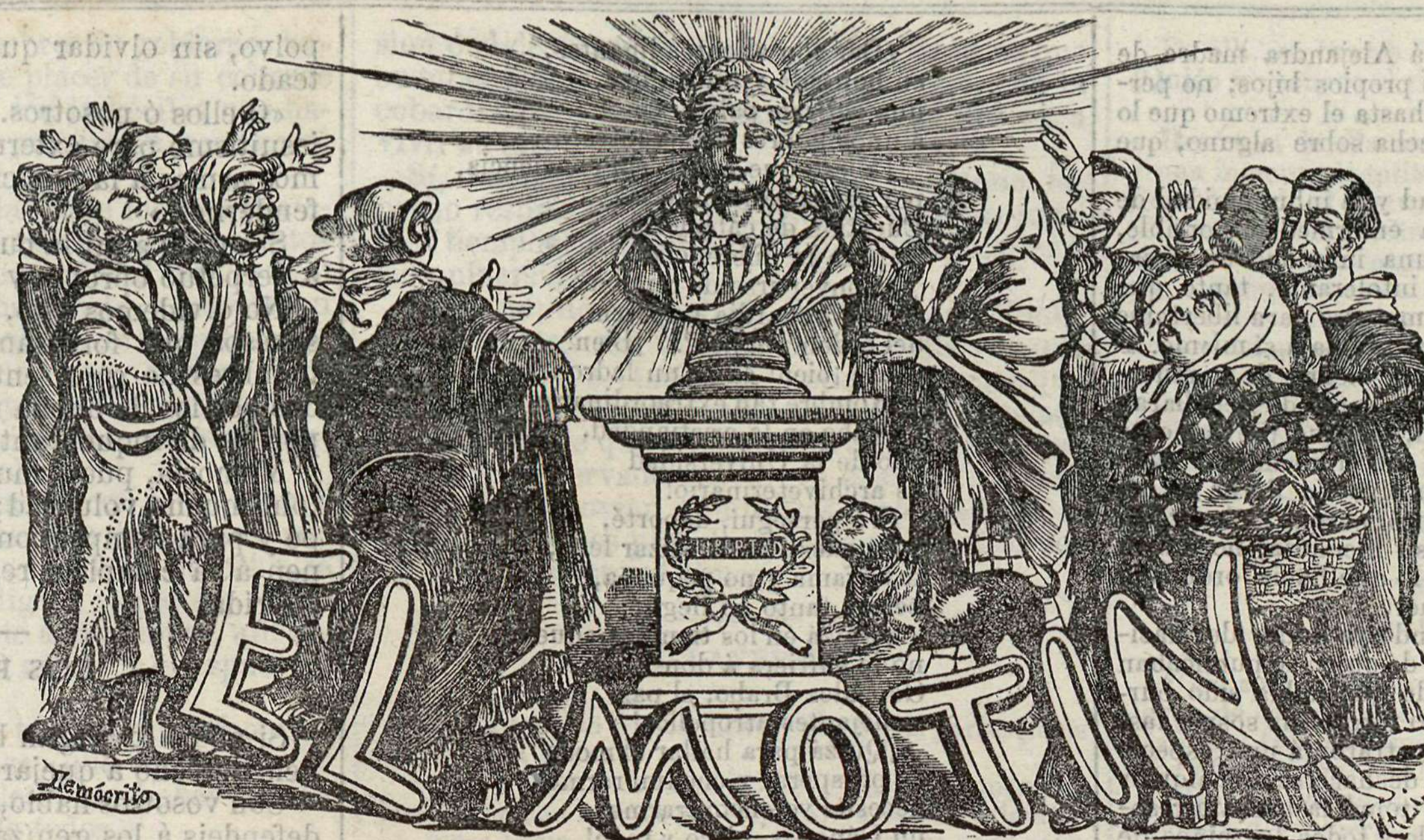
Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripción: En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fe, carrera de San Jerónimo, número 2, y de Gaspar, calle del Príncipe, 4.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.



EL MOTIN

PERIÓDICO SATIRICO SEMANAL

LOS CONSERVADORES

Gomosos, por beatas mantenidos;
jesuitas, por necios admirados;
necios, por jesuitas engendrados
y en entrañas de viejas concebidos;
caballeros de alcoba, bien corridos;
eminentes autores, bien silbados;
protectores de todos los malvados;
desertores de todos los partidos.

Esos que van del templo a la ruleta,
azuzando al esbirro infanticida,
contra todo lo noble, grande y bueno,
trajeron la ganzúa en la chaqueta;
vagan sin honra con la frente erguida,
y son conservadores... de lo ajeno.

TODO RESTAURADO

Llevado por la atracción del origen, todo ha vuelto a los antiguos cauces.

Aquella política conservadora que, por miedo, no por amor, aparentó en sus primeros días transigir con los tiempos apropiándose en hombres, principios y procedimientos, los desperdicios de la revolución: que apartó de sí, aun cayendo en ingratitude, a los políticos del viejo régimen como a apesados de cólera mortal: que reconoció algunos deberes arriba y algunos derechos abajo: que sufrió ciertas tolerancias en materias religiosas y ciertas concesiones a la palabra y a la pluma: aquella política que vacilaba por debilidad y condescendencia por cálculo, ha tenido ya, juzgándose asegurada, su día de decretar la restauración de todo lo caído y la renovación de todo lo pasado.

Aquellos ministerios de once años para los moderados, y de un bienio, y eso ominoso, para los progresistas, está ya reproducido en los siete años de gobierno dados con el alma al canovismo por dos tolerados con desden a los ex-revolucionarios que tuvieron la candidez o la ignominia, bien castigadas por cierto, de entregarse a la restauración.

Ya están ahí, pues, las preferencias tradicionales.

Aquellas alianzas con el neo-catolicismo, aquellos gobiernos en que gobernaban por cima de las leyes el alto clero y las potencias religiosas por el brazo de los Nocedales y Catalinas, están restaurados en este gobierno donde por la mano de un Pidal influyen las mogigaterías de nuestras más distinguidas beatas; y gobiernan en la enseñanza, en el comercio, en la industria, en las obras públicas, en todo cuanto significa progreso y civilización, los más distinguidos compañeros y hermanos en creencias, si no en armas, de Santés y de Caixal.

Restaurado aquel reguero de sangre de los fusilamientos de saguntinos sin éxito, que llevan el dolor y el hambre a familias honradas, y restaurados también los indultos de asesinos juzgados que llevan bandidos a la sociedad y miedo a la honradez indefensa.

Restaurada la persecución de la prensa con denuncias diarias, donde llega la ley, y donde no, secuestrada a la sordina en correos con despojo de la propiedad industrial.

Restaurada la violación de la correspondencia y del domicilio.

Restauradas las fiestas y cacerías en los sitios de recreo, mientras el cólera azota las poblaciones y la sangre inocente moja las calles.

La sangre inocente, sí; porque, aunque parezca increíble después de las experiencias recibidas, se han renovado aquellas brutales dragonnadas contra turbas inermes de chiquillos, aquellos ojeos africanos que mancharon de sangre las últimas dominaciones moderadas, de sombras la conciencia de aquellos poderes y de escándalo a la Europa civilizada.

Restaurado aquel silencio material semejante al de los cementerios, porque está impuesto por la muerte; pero restaurado también aquel estrépito moral compuesto de terrores inexplicables, de voces proféticas, de quejas desoladas, de odios que se juramentan, de murmuración que va de boca en boca, de amenazas que se formulan al oído. Aquellos anhelos indefinidos, aquella inquietud de las madres que temen por sus hijos y las esposas que temen por sus esposos; aquella zozobra que aleja a las gentes de los teatros y a los capitales de los negocios; aquella alarma constante producida por diarias precauciones militares; aquel recelo en el gobierno parecido al del criminal que teme un día de justicia; aquel demonio de la revolución aparecido a todas horas en la prensa ministerial como un espejismo de la conciencia turbada: en suma, todo aquel conjunto de rumores subterráneos son los que preceden al terremoto que no se sabe por dónde ha de venir ni a quién va a sepultar. Todo, todo tan restaurado y tan perfecto, con tan propia semejanza y tan cabal ilusión de lo pasado, que no parece sino que tenemos nosotros veinte menos y la restauración veinte años más.

Y como los signos de unos tiempos corresponden con los signos de otros tiempos, y como la rueda de la historia, si reproduce los hechos reproduce fatalmente las consecuencias, nosotros bendicimos la hora feliz en que la restauración se ha completado como la del cumplimiento de una expiación impuesta a nuestras culpas. Y a un Oliver que ejecuta, y a un Villaverde que ordena a Oliver, y a un Cánovas que ampara a Villaverde, y a todo cuanto quepa en esta gradación de responsabilidades, les decimos: «habeis abierto en nueve meses más surco que nosotros en nueve años; habeis arrojado la semilla y la habeis regado con lágrimas y sangre. En las piedras de nuestro campo inscribiremos estas palabras:

A LA DEMAGOGIA DORADA, LA DEMOCRACIA AGRADECIDA.»

LOS SANTOS INOCENTES

Tengo yo un criado sexagenario, hombre de escasa ilustración pero de claro talento natural, a ratos escéptico y a ratos fanático y supersticioso, católico a machamartillo y liberal a prueba de bomba, aficionado, por sentimiento y por instinto, a las ideas modernas, aunque apegado por preocupación y por costumbre a las tradiciones y a las prácticas antiguas.

Sabe el Catecismo y la Biblia mejor que la Lucel de El Amigo Fritz; conoce la Constitución del Estado y el Código penal como debieran conocerlos muchos de los encargados de hacerlos respetar y obedecer, obediéndolos y respetándolos. Ejercita con seriedad

y con fe, el sagrado derecho electoral cuando la extensión del sufragio se lo permite, y procura cumplir, con exactitud y puntualidad, los deberes sociales y religiosos. No hay otro guardador más fiel de los preceptos del Decálogo, hoy mejor que nunca, pues su edad le facilita el cumplimiento de aquéllos ante los que solía vacilar en un tiempo su flaca naturaleza; oye misa entera todos los domingos y fiestas de guardar comulga por Pascua florida; confiesa a lo menos una vez en el año o antes si espera peligro de que salgan Villaverde y Oliver por esas calles al frente de las centurias, y no paga los diezmos y primicias a la iglesia de Dios, porque le han asegurado que eso ya no se paga, cosa que a él le ha extrañado muchísimo tratándose de que los fieles paguen y de que la Iglesia cobre.

No puede acostarse tranquilo ninguna noche sin leer el Año Cristiano, ni puede pasar ningún día satisfecho sin haber leído El Porvenir por la mañana, y tanto se entusiasma con los heroicos hechos de los mártires cristianos como se solaza y recrea con las Flores místicas de El Motin.

En fin, hace tal amalgama de la religión y de la política, aunque en sentido diametralmente opuesto a los carcundas y mestizos, que no puede comprender la una sin la otra y habla de Jesucristo como de un sublime demócrata declarado ilegal, perseguido, martirizado y asesinado por los reaccionarios de su época, y habla de algunos políticos de hoy como de Cristos de los que espera su redención, no ya a pesar, sino precisamente por las persecuciones y martirios de que les hacen víctimas los escribas y los fariseos de nuestros días.

Muchas veces me entretengo yo en escuchar sus originales teorías y sus extravagantes lucubraciones, y aun algunas—tan cierto es lo de que un loco hace ciento—llego a persuadirme de que no son sus ideas y sus palabras tan desatinadas como a primera vista parecen.

Hace pocas noches entré yo en casa inquieto y disgustado por los acontecimientos del día. Unos cuantos escolares, en su mayor parte niños, habían sido inicuamente acuchillados y maltrechos por los asalariados agentes del gobernador: el sagrado recinto de la Universidad, templo de la ciencia, había sido profanado por la fuerza pública; la toga del maestro había sido mancillada; la autoridad del Rector atropellada y escarnecida, y muchos pacíficos transeúntes habían sufrido golpes y vejaciones de aquellos mismos que tienen la misión de velar por la tranquilidad de la ciudad y de ofrecer garantía a la seguridad.

La relación de los atropellos y de las brutalidades cometidas, me habían causado a un tiempo pena, indignación y vergüenza, y al entrar en mi casa solo deseaba hallarme a solas, abstraerme cuanto posible me fuera, olvidar lo que me habían referido creyendo que todo ello era una fábula inverosímil y absurda, y soñar que vivía en la mejor de todas las naciones y bajo el mejor de todos los gobiernos.

Cuando entré en mi habitación, mi criado estaba leyendo en voz alta. Me fijé en el libro que tenía en las manos y vi que era el Año Cristiano del P. Juan Croisset.

—¡Magnífico!—dije para mí—esta lectura puede fortalecerme y aun hacerme olvidar lo que me preocupa. Si es cierto que la religión es el mejor consuelo en las adversidades y en las aflicciones que nos combaten, probemos. Y me puse a escuchar con toda mi atención.

MI CRIADO LEÍA:

«Llegó a ser Herodes uno de los más crueles e inhumanos príncipes que ha habido jamás. Antonio había hecho que el Senado le nombrase rey de los judíos. La ambición y la sospecha eran sus dos pasiones dominantes, y la inhumanidad era el carácter que le distinguía. Había hecho ahogar a Aristóbulo su cuñado, sumo sacerdote; hizo matar a su abuelo Hir-

cano; á Marianne su mujer; á Alejandra madre de Marianne; hizo degollar á sus propios hijos; no perdonó á sus más caros amigos, hasta el extremo que lo mismo era concebir una sospecha sobre alguno, que mandarle matar.

Pero Dios castigó la crueldad y la inhumanidad de este príncipe bárbaro con una enfermedad horrible, llenándole todo su cuerpo de una infinidad de gusanos que exhalaban un hedor intolerante, tanto que muchas veces quiso él mismo matarse para libertarse de los dolores y del horror que se tenía á sí mismo. Y viendo que los judíos se habían de alegrar de su muerte, mandó que luego que hubiere espirado degollaran á todas las personas de calidad, las que previamente había mandado prender, todo con el fin de que cada familia distinguida tuviese motivo de llorar en su muerte. Esta orden no se ejecutó, porque el desprecio y execración en que se tuvo su memoria, no daban lugar á que se hiciese caso de lo que había ordenado quien ya no podía hacerse temer.

Tal era Herodes. No pudiendo ya dudar del nacimiento milagroso de un Niño, de quien se publicaban tantos prodigios, y sospechando que había sido burlado, se sintió presa de extraño furor. Sus sospechas, su temor, su ambición, le arrastraron á una especie de desesperación, y queriendo deshacerse á cualquier precio del Niño recién nacido, tomó la bárbara resolución de hacer pasar á cuchillo á todos los niños de pecho, no dudando sería envuelto en la matanza general.

Al llegar aquí no pude ménos que interrumpir al distraído lector y decirle:

—Pero, hombre de Dios, ¿qué estás leyendo ahí? Pues apenas vives adelantado. Si eso corresponde al día 28 de Diciembre y hoy estamos...

—¿Y qué?

—Como ¿y qué?... Que es anticipar demasiado los hechos.

—¡Ah, señor, y qué equivocado está Vd! ¡Ah, y cómo se extravían aun los que mejor piensan, ateniéndose á la letra que mata, y no al espíritu que vivifica!

Este Herodes es la reacción que solo de la crueldad, de la suspicacia y de la ambición se alimenta; que mata aun á los mismos allegados por la más leve sospecha; que está devorada por los gusanos del clericalismo, de la intransigencia y de la tiranía, cuyo hedor es insuperable; que quiere darnos á todos que sentir á fin de que tengamos motivo de llorar el día de su muerte ya cercana. Esa reacción cobarde, sanguinaria y recelosa, ya no puede dudar de que de los templos de la ciencia han de salir los niños que acabarán en breve con su dominio y poderío; de que en las escuelas y en las universidades se forman los hombres del porvenir, quienes esparciendo las luces brillantísimas del saber y de la ilustración, ahuyentarán las tinieblas, único medio en que esa reacción puede vivir y agitarse y dominarnos.

Por eso tiene tal odio á los centros de enseñanza; por eso acuchilla á los inocentes niños que á ellos acuden, creyendo que lo que teme caerá envuelto en la matanza general. Pero ¡ah! se equivoca miserablemente, porque esos se salvarán aunque tengan que refugiarse en Egipto, y no tardarán en volver para redimirnos á todos y para propagar su saludable doctrina por el mundo, afirmándola y consolidándola por los siglos de los siglos.

—Amen, dije yo sin poder contener la risa, á pesar de la inquietud y de la desazón de mi espíritu.

—Amen, repitió él con energía. Y puesto que V. tiene noticia de lo que ha ocurrido, debe comprender que no estoy desacertado en leer lo que leo, y debe convenir en que no soy yo sino otros los que se ampeñan en anticipar los acontecimientos.

JUAN DEL PUEBLO.

EL CORREO DEL DIABLO

Carta que á Oliver envía desde el Báratro espantoso, cierto estanquero famoso, que arrastraron en su día.

«Mi querido coronel: Me alegraré que al recibo de esta carta que te escribo conserves buena la piel.

Ha llegado aquí el rumor (si es falso, no te incomodes, pues así lo cuenta Herodes, nuestro insigne antecesor).

Que en Madrid, teatro y templo de mis inclitas proezas, has roto algunas cabezas con un valor sin ejemplo.

¿Cómo pintarte el placer, y el júbilo y la delicia que me causó la noticia de tu hidalgo proceder?

¡Estrujar con mano acerba la toga, que viste el sabio?

¿No pararse en el agravio de profanar á Minerva?

¡Repetir con tus agentes en esa Universidad, la sublime atrocidad de los Santos Inocentes?

¿Cerrar con la muchedumbre á sablazos? (¡Por Luzbel!

¿Todavía, coronel, no has perdido la costumbre?)

¿Dar con alientos gigantes, en honrada y franca liza, una valiente paliza á unos pobres estudiantes?...

¡Y eso que aquel, sin conciencia, por ser caballero hería!...

Cuestión de caballería, es poca la diferencia.

¿Convertirse de rondón en salvaguardia y sosten del orden público?... ¡Bien!

(Este ¡bien! es de un ladrón.)

Hombre tan extraordinario no cabe en la cristiandad.

¡Lo de la Universidad es archiverterinario!

Yo, perseguido, deporté, y en cuestión de atizar leña, tuve fama y no pequeña, pero á tanto no llegué.

¿Quizá en los tiempos aquellos no le sufriera á don Luis

Gonzalez Brabo, el país semejantes atropellos!

¿Quizá para hallar el modo de prosperar y enrumbarme

necesité yo encontrarme un Cánovas, bizco y todo!...

En fin, amigo Oliver, para celebrar tu arrojo, se ha zampado el diablo cojo un par de niños ayer.

Mas antes de terminar quisiera darte un consejo:

¡Pues soy el único espejo en que te debes mirar!

Fui, por suerte pecadora, instrumento asalariado del partido moderado á quien tú sirves ahora.

¡Pega!—El Gobierno gritaba.

Y yo ¡zás!—¡Al Saladero con ese!—Y el estanquero obedecía... y cobraba.

¡Y las turbas demagogas me odiaron! ¡Odio infinito!

(Como á tí, compañero, los birretes y las togas.)

¿Qué es el popular rencor cuando estalla? ¡El escarmiento de un miserable instrumento!

¿No logra más? No señor.

Triunfaron los batallones de Serrano; el de Antequera, escribe la friolera

aquella de los Borbones.

La monarquía se pierde y todo se rinde al cabo!...

¡Y el señor Gonzalez Bravo tomó las de Villaverde!

¡Y su instrumento halló el fin de una vida miserable en la triste y memorable

plazuela de Anton Martin!

.....

Cánovas, gran artillero, y muy valiente... de boca,

si hay peligro... ¡se las toca!

¡No te fies, compañero!

¡Yo soy un espejo fiel que no debe desafiarse!

Conque... salud, y arroparse; que hace frío, coronel.

OJO POR OJO

Algunos compañeros en la prensa estampan en sus columnas los artículos del Código que penan los crímenes cometidos estos últimos días.

¡Para legalidades estamos, y para exigir responsabilidades ilusorias! Eso quisieran los infames, para reírse de nosotros.

Contra ciertos crímenes, solo hay un tribunal; el del pueblo en revolución.

Cuando llegue ese caso, porque tiene que llegar, y vergüenza para todos si no llegara, entonces, entonces es el momento de hacer efectivas las responsabilidades de hoy.

Sin fórmulas, sin procesos, sin aparatos; identificación de la persona, sentencia y ejecución, todo en cinco minutos. Lo demás sería perder el tiempo, andarse por las ramas.

Y si el pueblo no lo hiciera; si débil, apático ú olvidadizo apelase á las sensiblerías de costumbre, peor para él; volvería á caer una y mil veces en las garras de sus verdugos, y acabaría de perder con la vida la esperanza de dignificarse.

No somos nosotros quien ha colocado la cuestión en este terreno, sino ellos; los que fusilan á los que se sublevaran sin hacer armas contra nadie; los que prenden á los que despues acusan de formar parte de conspiraciones inventadas por ellos; los que asesinan á niños inermes.

Coloquémonos, pues, en su día en el terreno elegido por ellos, y en él hagámosles morder el

polvo, sin olvidar que el dilema está así planteado.

«O ellos ó nosotros. O los que se apoyan en el jesuitismo para exterminarnos, ó los que pedimos armas á la justicia y á la libertad para defendernos.»

Sacar de aquí la cuestión, sería condenarnos á perpétuo oprobio y á inacabable desventura.

No olvidemos esto, ni tampoco el que, en los sucesos que forzosamente han de llegar, los hombres de gran entendimiento serán eclipsados por los de buena memoria, y todos á su vez por los de inquebrantable voluntad.

Memoria, pues, mucha memoria; y voluntad ¡oh! mucha voluntad; y acabaremos de un golpe y para siempre con los obstáculos que se oponen á la completa regeneración de esta patria querida.

LOS REPTILES

Si no os lo pagan bien, ¡vive Cristo! que tenéis derecho á quejaros.

Con vosotros hablo, genizaros de la pluma que defendeis á los genizaros del sable.

Cuando se sacrifica tanto, debe tenerse la noble ambición de exigir mucho.

Preguntádselo á la meretriz que sonrie cariñosa al viejo asqueroso que la paga.

Y que, por agradarle, remeda pudores de niña en el lecho la infamia.

Habéis ganado bien la soldada; si hubiera de estar el premio á la altura del servicio, mucho os debería este gobierno.

Insultos á los catedráticos, calumnias á los estudiantes, glorificación de la fuerza bruta... ¡Sois unos héroes de la indignidad!

Un epigrama sobre la sangre que mancha las losas del claustro, una cuchufleta grosera sobre el lecho de los niños que agonizan... No todo el que quiere puede ser tan miserable.

Os lo repito, no seáis tontos, genizaros de la pluma, y que os lo paguen bien; no os confundáis con esos infelices que descienden á las alcantarillas, y se llenan de...

(Aquí la palabra que expresa lo más sucio; no, que lo expresaba hasta ahora; en adelante, la palabra más sucia será esta: conservador.)

No, no seáis como esos desdichados—á quienes ruego que me perdonen lo ofensivo de la comparación—que se contentan con dos pesetas en pago de sus servicios, pues los vuestros merecen más, mucho más.

Nada de modestia, nada de achicamiento; tened el orgullo de vuestras asquerosas cualidades, la conciencia de vuestro miserable valer.

Y hablad gordo y taaasos muy alto; que el fondo de los reptiles quede exhausto. ¿Cuándo con más justicia?

La ocasión la pintan calva; si desaprovecháis ésta por nimios escrúpulos de dignidad... conservadora, ya os pesará, yo os lo fio. Solo una vez en la vida se presentan estas gangas.

Tosed, pues, fuerte, y pedid sin miedo, que si vuestros amos os regatean un solo céntimo, detrás de vosotros está España entera para repetir á coro:

«Es una ingratitud: todo el oro del mundo es poco para pagar los servicios que la prensa conservadora ha prestado al gobierno, revolcándose por disculparle en los inmundos charcos de la difamación y la calumnia.»

Y España entera tendría razón; que no todo el que quiere puede llegar á tanto desprecio de sí mismo, á caer tan bajo, á respirar libremente en la cloaca.

SALUDO Á LA PRENSA LIBERAL

A *El Liberal*, *El Globo*, *El Imparcial*, *La Discusion*, *El Progreso*, *Las Dominicales*, *La Iberia*, *El Día* y *El Grito del Pueblo*.

Vosotros, que habéis sido denunciados, lo mismo que los demás colegas que aun no han tenido ese honor, ¡qué espectáculo tan hermoso habéis dado durante los últimos sucesos!

Cuando la ira brutal era el único poder legislativo y el revólver y el sable el único ejecutivo, y unos periódicos, deshonra de la prensa, azuzaban á los verdugos contra las víctimas, vosotros, queridos compañeros, habéis sido el consuelo de los débiles, la garantía de las personas honradas y el poderoso dique que ha impedido que la honra de España caiga en el albañal de cieno hacia donde pretendían encauzarla los conservadores.

Sin vosotros, sin vuestras viriles protestas, sin vuestros enérgicos arranques, esa turba de

energúmenos, que no hombres de gobierno, hubiera saboreado el innoble placer de su cobarde triunfo, haciendo creer á los imbéciles que habían salvado la sociedad, próxima á caer en el abismo de la demagogia.

Las gentes, aterrorizadas ante los escandalosos y frecuentes atropellos de los instrumentos de esa finchada y estúpida nulidad que está al frente del gobierno de la provincia, aguardaban con ansia inconcebible la salida de la prensa independiente y digna, y al leerla, se decían, recordando la calma perdida y abriendo el pecho á la esperanza: tenemos quien vele por nosotros, y nos proteja y nos defienda.»

Orgullo se siente de pertenecer á esa falange de hombres ilustrados que van á la vanguardia en todos los combates donde el derecho, la honra, ó la existencia peligra, y que sin temor á nada ni á nadie, defiende á los débiles, alienta á los esforzados y lleva el miedo y el espanto á las filas enemigas.

Un saludo entusiasta á tan valerosos compañeros nuestros en la prensa, que acaso lo sean también mañana del grilete, por haber colocado tan alto el renombre de todos.

FRUTOS AMARGOS

¡A la novena! ¡Al sermón! ¡A misa! ¡Al rosario!

Corred, madres; corred, hijas; corred, mujeres todas; que mientras vosotras estais en la iglesia oyendo frases de odio y gritos de venganza, vuestros hijos, vuestros hermanos, las prendas queridas de vuestro corazón, caen acuchillados sin piedad.

Las condenaciones que oís en el púlpito repercuten en los sales de los polizontes; al eco de las palabras de exterminio, responden los ayes desgarradores de niños indefensos; y mientras vosotras recibís en la frente el agua bendita, ellos ven las suyas empapadas en sangre.

Dad limosna para construir conventos, comprar escapularios, libros, oraciones y medallas; pagad responsos para que las ánimas del purgatorio dejen de penar; que todo ese dinero se empleará hoy en periódicos viles de infame propaganda que elogiarán los asesinatos de vuestros hijos, y mañana en fusiles y cañones que acabarán en el campo con los que hayan escapado al sable de los esbirros en la ciudad.

En tanto que vosotras escuchais frases que si no sonrojan pervierten, y cosechais en el templo ideas de odio contra la libertad, esos niños oyen amedrentados el ruido del disparo que les hiere, ó corren despavoridos por esas calles pensando en sus madres, cuyos nombres invocan, creyendo que ellos solamente pueden servirles de égida; en sus madres, que contribuyen inconscientemente á su desgracia.

Seguid, seguid por ese camino, que al término de él encontrareis la muerte para vuestros hijos, la ruina para vuestros esposos, la vergüenza para la patria, y para vosotras años de lágrimas, días de luto, horas de desesperación.

Y cuando acudais al templo en busca de consuelo, la voz de vuestra conciencia se alzará potente, y os dirá que vosotras, y solo vosotras, por ignorancia, torpeza ó fanatismo, fuisteis la causa de tantos males, de tantos duelos, de tantos crímenes.

LA DEMAGOGIA DEL ORDEN

Habladme de Alcoy, de Montilla, de Cartagena y de aquellos tiempos en que había un motin diariamente.

Habladme de aquellos hombres, que engañados en sus esperanzas, se sublevaron los unos, cometiendo una gran torpeza, contra la república; y ensangrentaron los otros sus manos en el delirio de la pasión política.

Habladme de aquellos hombres obcecados; impacientes, pero enérgicos y viriles, que contribuyeron á perder la república, para que me olvide de estos débiles y cobardes, que ayudan á traerla.

Habladme de aquellos hombres, sin posición los unos, con hambre los otros, que no se mancharon las manos con el contacto de una moneda ajena, para que aparte mi vista de estos, bajo cuyo mando se cubren con nombres púdicos los robos, las estafas y las falsificaciones.

Habladme de aquellos hombres que exponían su existencia por defender lo que creían justo, para que no piense en estos que se ocultan medrosamente tras el sable de un polizonte.

Habladme de los que sabían, al ponerse frente á la ley, que les aguardaba el cadalso, la pri-

sion ó el destierro, y no me habéis de estos que cuentan con la fuerza para salvarse hoy, con la cobardía para huir mañana y con el oro para vivir siempre.

Sí, habladme de todo aquello, para que mi pecho respire auras de consuelo, en estos infames tiempos de cacería de niños por las calles y las universidades.

Pero, no; no me habéis de Alcoy, de Montilla, de Cartagena, ni de aquellos tiempos en que había un motin diario; pues pudiera creerse que trababa de establecer comparaciones, y declaro humildemente que no me atrevería á comparar con los conservadores, no ya á aquellos hombres que se movían á impulsos de la pasión política, sino á los presidiarios más abyectos, por no ofender á estos últimos.

VILLAYERDE

¿Quién es? ¿De dónde viene?—De todas partes, mas de ninguna buena.

Llegó á la política empujado por Moret, á quien importunaba con incienso; despues, ya en el Parlamento, fuese hacia otro hombre más poderoso; cada palabra de Ruiz Zorrilla determinaba una expresión admirativa en aquel rostro achatado...

Había llegado al Congreso como amigo y discípulo de Moret; en adelante fué un feticista de Zorrilla, un furibundo radical.

En este período, mientras otros jóvenes luchaban en cuestiones generosas de política, con exuberancia de elocuencia ó alardes de entusiasmo, Villaverde gustaba más del cabildeo oscuro... Los derroches de frases hacíanlos en las secciones, y sorprendía realmente, cómo en aquel espíritu de joven apuntaban las astucias de la seca y codiciosa medianía, que busca en las arideces y laberintos de la estadística y del presupuesto, la materia exclusiva de sus empeños oratorios.

Sabía bien Villaverde que en esas encrucijadas del lugar común, por ménos visitadas, es más fácil que pase quien no lleva en el alma una fe, ni en el cerebro una gran llama.

Fué hacendista; un hacendista radical; mas el 11 de Febrero llega; el partido cae...

Es necesario decidirse... ¿Qué ocasión para ocultarse y poder en la sombra meditar sobre el mejor camino?—Villaverde quedó entre los indecisos...

Pero un poco más tarde se acercaba al Sr. Pi y Margall para pedirle benevolencia en las nuevas elecciones.—Soy conservador, los conservadores se retraen; pues bien (dijole al Sr. Pi) yo creo que puede convenirle á la República tener una oposición conservadora en la Cámara.

Fué el caso, que Villaverde tomó asiento en la Asamblea federal. Allí se encontró con Romero Robledo. ¿Qué encuentro tan providencial!

Villaverde tomó por jefe á Romero, y entonces se declaró alfonsino.

Ha pasado la sublevación de Sagunto. Villaverde es agraciado con una credencial en Hacienda, y con una plaza de catedrático auxiliar.

Pero ¡qué desgracia!—Como catedrático lo silban diariamente (los estudiantes de ahora tal vez han pagado estos silbidos), y como empleado de Hacienda, el cargo no tiene importancia ni notoriedad... ¡Qué desengaño!

Sin embargo, los caminos de la Providencia son infinitos; ¿quién no recuerda que cuando más maltratado andaba Rousseau, hubo de hallar consuelos y alivios en la señora de Warems?

Villaverde encontró guía luminosa en su senda; y dichoso, como Theseo, el hilo de Ariadna conduce á una subsecretaría.

¡Subsecretario!... Ya Theseo era casi una persona. Podía, pues, abandonar desdeñosamente el hilo de Ariadna generosa.

De entonces data, por cierto, un dicho curioso y ya casi popular.

Villaverde tenía un pañuelo en la mano, y distraíamente deshacía el dobladillo; de pronto tiró de una hebra; un hilo salió y se le quedó enredado en un dedo.

—¿Qué tiene V. en la mano?—Preguntóle entonces un amigo.

—Un hilo...

—¡Ah! pensé que era la credencial.

Aludía al hilo de Ariadna.

Ya oficio de orador y de autoridad financiera. Entre él y el Sr. Cos-Gayón y el Sr. Bosch y Labrás, se organiza la oposición al ilustre Camacho.

Cuando Cos-Gayón se cansaba de gritar probando que dos y dos son cinco, Villaverde se levantaba de refresco... ¡Qué taravilla! ¡Qué profundo mareo! Aquello era el vértigo de una palabra insustancial probándole á Camacho... ¿Qué había de probarle, si despues lo han seguido miserablemente?

Ello es, que agarrándose al banco, Villaverde gritaba... ¿Que si había público? El público de Villaverde solía componerse de los taquígrafos y de la mitad de los dos mazeros... uno de ellos solía reclinarse en la pared casi dormido, víctima de la oratoria del desdén y olvidado y nada agradecido Theseo.

Vuelven los conservadores; él también retorna á la subsecretaría de Hacienda.

De allí, en breves días, al gobierno de Madrid... ¿Quién no conoce el resto de la historia?

Resumen de ella: una apostasía, varias ingratitudes y una inmensa ineptitud... Pero Villaverde es serio; tiene de serio el rostro, y ha podido, siendo un insignificante y una medianía incapaz, llegar, por el ceño adusto y la levita negra, y el encorvamiento de la cerviz á tiempo, á estos días gloriosos en que á su voz corre sangre de niños, y en que la vida de la gente honrada depende de una señal de su bastón.

Mas también ha logrado llegar á otra cosa aun más notable...

Generalmente, los hombres como Villaverde no son jamás odiados, sino sonreídos; pero Villaverde ha conseguido la excepción: sobre él caen por igual los odios y los menosprecios.

(El Progreso.)

OLIVER

Un día se encontró sorprendido un gobierno. ¡Millares de socialistas en Jerez! Pero ¡qué linaje de socialistas! Habían tomado por lema una frase terrible: ¡La Mano Negra! ¡Ah! ¿Qué iba á ser de la sociedad? ¡Bah! La sociedad podía dormir tranquila; ya está la hidra descubierta y cortada en pedazos...

El coronel Oliver entra en Jerez con más de 1.000 socialistas maniatados.

¿Qué hermosa cacería para un hombre como el coronel Oliver!

Saliase tarde y mañana á los campos, y realizaba con voluptuosidad de impenitente cazador el implacable ojeo...

Allá á lo lejos, descansando cerca del tajo de labor, se divisaban unos cuantos trabajadores... Reían, hablaban...

¡Oh! Allá iba el coronel Oliver.—Pronto, pronto, una cuerda, unas esposas...

Por la tarde, despues de su ojeo, volvía á Jerez triunfante, llevando detrás de su caballo á los terribles enemigos de la sociedad.

Pero como las cárceles se llenaran, los tribunales se apresuraron á hacer justicia.

Entre tanto, ¡qué espectáculos tenía que presenciar á la puerta de la prision el compasivo corazón del coronel Oliver!

Millares de mujeres, millares de niños, pedían caridad; pedían clemencia... ¡Son inocentes! No son socialistas ni nada... Son solo unos pobres trabajadores...

Siquiera por estos niños sin pan...—Así gritaban aquellas madres; pero el coronel Oliver, á despecho de estas declamadoras, velando por los fundamentos sociales hasta el último instante, siguió llegando á la cárcel con su cuerda de socialistas...

Al fin el Tribunal deliberó.

¡Más de mil hombres detenidos por el coronel Oliver, fueron declarados inocentes!

¿Qué había pasado? Un asesinato común en que habían intervenido unos cuantos vecinos de Benozaz.

¿Y la Mano Negra? Era una mentira. Cuando más, la invención del coronel Oliver sirvió para que este gobierno extremara su dureza de corazón con unos pocos desgraciados...

Y siete hombres murieron á manos del verdugo en la plaza de Jerez.

¿Qué racimo para un goloso como el coronel Oliver!

Hay un día de inmensa gloria en la vida de Oliver. Ya lo tenemos en Madrid. Ya no vamos á ser los habitantes de la Corte ni robados ni asesinados...

¡Mala estrella la de Oliver!

Los ladrones menudean; se degüellan niños en el Canal; se cometen crímenes como los de la calle del Florín, y á diario los periódicos nos encargamos de comunicar los robos en varias casas (ya un cuarto principal, ya una buhardilla) y las puñaladas y tajos que se reparten en las diez mil tabernas de Madrid. Oliver no resulta en la Corte. Aquí no hay Mano Negra. Sin embargo, el jefe de los genizaros de Villaverde, procura que no se hagan yesca los laureles de Jerez... Todas las noches La Correspondencia se encarga de rociarlos con agua de rosas...

Un lector asiduo del colega saca esta consecuencia:—El coronel Oliver se ha contratado con la Sociedad de anunciante.

Pero, ¿quién decía que en Madrid no podía emprender campañas tan gloriosas como las de Jerez?

¡Ah! ¿No habría en la calle Ancha una Universidad con estudiantes? Pues á ellos, que son pocos y huyen... ¿Qué estudiante de diez ó doce años podrá resistir al sable de un Oliver?

Y es claro, realizó la heroicidad... ¡Bien, romano! Eres digno de una epopeya...

Lástima que Mateo Aleman no haya presenciado tus hazañas.

(El Progreso.)

LA PRENSA DIGNA.

El Liberal:

«Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado... Seis días de asonadas, tumultos y perturbación. Miércoles, jueves, viernes, sábado... Cuatro días de represión iracunda, sangrienta é ineficaz.

Dicese no obstante, que estamos en un país civilizado; que rige una Constitución; que las gentes llamadas de orden ocupan el poder, y que al frente—y enfrente—de la Nación están unos hombres que pretenden gobernarla.

Después de acuchillar á la juventud indefensa, se ultrajó al Profesorado inerme; y ayer, por fin, se atropelló en la calle de Atocha á niños, ancianos, oficiales del cuerpo de artillería y á tenientes de alcalde...

¿A qué extremos se nos quiere llevar á los españoles?

«Es preciso que el pueblo retroceda hacia la barbarie ó que el gobierno marche hacia la civilización, que es la negación de la fuerza bruta y del imperio autoritario.

Lo primero nos parece imposible; pero si alguno lo intenta y lo consigue, podrá entonces y solo entonces, tratarle como siervo que, después de ser libre, ha recaído en el estado de servidumbre.

El Globo:

«El gobierno pagará su infamia, y la pagará del modo más amargo y terrible para los ambiciosos vulgares y para los políticos sin conciencia: rodando del poder abajo entre los silbidos de España y los aplausos de Europa, sin la esperanza de volver á gozarlo nunca.»

«Apresúrese, apresúrese el gobierno.

Entrone la reacción, pida refuerzo á los carlistas, dicte medidas arbitrarias, expulse profesores, encarcele periodistas, apalee estudiantes y transeúntes.... Están contadas sus horas, y condenados sin apelación sus insensatos procedimientos.

Azuze á sus voceros y aduladores, mándeles que se den prisa á injuriar á los liberales, á escarnecer á los heridos, á mofarse del dolor de los maltratados y del sentimentalismo de cuantos los compadecen ó defienden, obligueles á repetir las provocaciones, ofender los sentimientos de humanidad, y á cohonestar los atentados cesaristas....

Así se embriagará con el vaho del incienso, é imitará á los imbéciles capitanes del buque, que á fuerza de alcohol, se aturden y olvidan todo en el momento del naufragio.»

«Ya lo veis, conservadores. Juzgados y condenados estais por vuestro jefe, además de estarlo por la nación sometida á perpetuo disturbio; por la industria y el comercio arruinados; por las madres, de cuyos hijos disteis en las dos tardes últimas tan triste y miserable cuenta.

¡Fuera, pues, del banco y del poder, de que os habeis hecho indignos!»

El Imparcial:

«Revisten tal carácter de odiosidad y de inicuá violencia los atropellos perpetrados ayer contra el claustro universitario y contra multitud de jóvenes inocentes ó inexpertos, que en breves horas se ha caldeado la atmosfera política hasta la temperatura de las más altas presiones; y mientras las huestes irreconciliables se agitan como rejuvenecidas ante la trayectoria que en vertiginosa celeridad recorre el gobierno hacia el abismo, los que supeditamos el interés político á la prosperidad creciente de la patria y á su lenta y tranquila evolución hacia el progreso, vemos con pena, con sobresalto, quizá con terror, inaugurarse una sombría, una maldita etapa en el tejedido inacabable de nuestras desdichas y desgobiernos.»

«Aquí no hay más verdad que la verdad oficial. Y no aquella verdad depurada ante los tribunales de justicia, á quienes por cierto no se ha llamado á conocer de los delitos cometidos el jueves en el recinto universitario, sino la verdad escrita á la vuelta de la batalla, sobre el duro banco, por los ilustrados cronistas de las prevenciones del distrito.

Lo de la sangre que mancha el pavimento de la Universidad, pregonando con sombría y trágica elocuencia el desafuero cometido... ¡una ficción! Lo de la toga ultrajada, ¡una mentira! Los heridos por docenas; los presos por centenares; los atropellados y apaleados, sin la menor culpa ni la menor relación con las protestas estudiantiles; los grupos disueltos á la vista del primer sable desenvainado, y, sin embargo, atacados cruelmente, con pujanza que los ladrones y asesinos de Madrid no habrían sospechado jamás en los que debieran ser sus perseguidores; las cargas decretadas sin las intimaciones legales; las calles empleadas en un verdadero ojeo; alguna autoridad del pueblo reprendida y puesta en el caso de dimitir por haber restablecido la quietud con razones, estorbando el que se restableciera á sablazos... ¡todo falsedad, todo sueño!»

Las Dominicales del Libre Pensamiento:

«Estas abominaciones y horrores, estos atropellos que, si leyésemos habian sido cometidos por los cosacos sobre los estudiantes de Varsovia, nos indignarían y harían estallar en maldiciones contra los siervos del Czar, aquellos que se comían las velas que les suministraban en París para alumbrarse en 1814, han sucedido aquí, en Madrid, en la calle Ancha de San Bernardo, en la calle de la Madera, en la calle de Atocha, en la calle Mayor: no hay en ello la menor exageración. Y han sido cometidas sobre los hijos predilectos de España, sobre los pedazos del corazón de inmenso número de familias. Nuestros colegas noticieros dan cuenta de los nombres de los heridos en cabezas, brazos y piernas, así como de los presos y detenidos; son los hijos, los hermanos, los parientes, los amigos de vosotros que lo leéis, seguramente con no menos vergüenza en el rostro, como españoles, y

no menos vergüenza en el rostro, como españoles, y que nosotros al escribirlo.»

La Discusion:

«¡Asesinos! ¡asesinos! ¡asesinos! esta es la voz general, este es el grito que lanzan todas las bocas, esta es la palabra que pronuncian todos los labios.

¡Asesinos! ¡asesinos! ¡asesinos! se grita á estas horas en todos los ámbitos de la Península.

¡Asesinos! ¡asesinos! ¡asesinos! repetirá mañana el eco en todas las latitudes del mundo.

¡Ay de los asesinos! ¡ay de los culpables! clama la conciencia, como respondiendo al grito de la indignación pública.

¡Ay de los infames el día en que brille en toda su pureza el sol de la justicia!»

«Ayer se ha vuelto á derramar sangre en el colegio de San Carlos.

Las hienas están sedientas, y no les basta la vertida para aplacar la horrible sed que sienten.

El olor de la sangre les embriaga, la matanza despierta sus apetitos, la agonía de los moribundos les enloquece.

¡Bárbaros! ¡acudid como hambrientos buitres á devorar los miembros palpitantes de vuestras víctimas!

¡Antropófagos! ¡El festín os espera!»

«El aspecto de Madrid es imponente.

Ocupada la población militarmente, se provoca á una lucha desigual, sin ejemplo en la historia, á todos los ciudadanos.

Este gobierno insensato despliega un lujo de fuerzas inusitado.

A los asesinatos se añade el insulto, á la actitud noble y pacífica del vecindario se responde con la provocación más insolente.

¡Abajo los miserables que nos deshonoran ante las naciones cultas y civilizadas!

¡Abajo los infames, mil veces más infames que Murat mismo, porque sin razón alguna que justifique su criminal conducta, se complacen en derramar la sangre de criaturas inocentes é inofensivas!

¡Abajo esos hombres, mil veces más odiosos y repugnantes que todos los asesinos del mundo!

«Herodes queda eclipsado; Sila, el terrible Sila, no vale un ardite; Robespierre es un santo; Murat, el ferroz Murat, es un hombre honrado.

¿Qué significan esos cuatro pigmeos al lado de nuestros gobernantes?

Pero sus hechos lo dicen y lo dirán con más elocuencia que nosotros.

Ha comenzado el reinado del terror, y no podemos en estos instantes señalar su término ni sus consecuencias.

Hoy vivimos en estado de alarma; mañana se proclamará el estado de guerra y empezarán las prisiones y los destierros.

Los sucesos se precipitan con una rapidez vertiginosa.

Pero tengamos confianza en la suerte que el porvenir nos reserva.

Porque allá en lo tanzana, á través de las espesas brumas del presente, vemos brillar la aurora de la Libertad y de la República.»

La República:

«El 10 de Abril fué el Gobierno de Narvaez y Gonzalez Bravo el responsable ante la nación, y cayó maldecido y execrado primero, y después arrojado, como deben arrojarse los tiranos. ¿Por qué ha de librarse este Gobierno de la tremenda responsabilidad que le cabe por los sucesos de ayer, más graves, más explicables, con sello más repugnante que los de 1865?»

«La sangre que mancha las escaleras de la Universidad y que el rector ha prohibido se limpie, para que quede allí como muestra del terrible atentado, es por sí sola un poema de horror y de barbarie, que califica perfectamente ante el país, ante las naciones civilizadas y ante la historia al partido conservador-liberal.»

«Los salvajes, los infames crímenes cometidos en la Universidad no tienen nombre. Cuantos más detalles de ellos se conocen, más horror y más indignación inspiran; porque vienen á probar todas las circunstancias de infame alevosía y de brutal ensañamiento con que se cometieron. Hienas hambrientas cebándose en sus víctimas, no habrían sido más crueles.

De esto está ya convencido todo Madrid; lo estará mañana toda España para vergüenza suya, para vergüenza de un país que tiene á su frente gobiernos y hombres que tienen la fuerza por sistema y la iniquidad por justicia.»

«Estos actos de tiranía avergüenzan, deshonoran más al que los sufre que al que los ejerce. El país que consiente y agnata un Gobierno como el de los conservadores, es una vil y estúpida y miserable horda africana.»

El Porvenir:

«El fanático que vé derrumbarse lo que adora, que mira caer sus ídolos al empuje de la verdad, aplaude á los soldados que libran la última batalla, aunque esos soldados se desnuden el honroso uniforme para envolverse en los asquerosos andrajos del salteador de caminos ó de los asesinos que se ocultan en la sombra para aguardar á sus víctimas, ó se parapetan detrás del poder para herir á mansalva.

«Dicese que dimiten á Oliver y á Villaverde. Cometido el asesinato se tira el arma.

Es un aforismo muy conocido en presidio.»

La Nueva Prensa:

«Pero los que convierten la coronada villa en un bosque de fieras, y á los agentes de la autoridad los hacen agentes del desorden público, no deben llamarse

conservadores, deben llamarse bárbaros, bandoleros, cualquier otra cosa más apropiada; bien que es difícil poner nombre adecuado á una gente que tan singulares pruebas da de su odio á la sociedad que para su daño la sustenta.»

La Izquierda Dinstica:

«Mayor responsabilidad cabe seguramente al señor Romero Robledo; mayor responsabilidad cabe á ese ministro audaz, impudico; á ese conculcador de derechos, á ese petit Gonzalez Brabo, ó pequeño conde de San Luis, que tiene, como estos dos personajes, audacia, y tiene también procedencia revolucionaria, aunque no el talento de aquellos ministros tan funestos como S. E.

Después de los sucesos de ayer, no puede continuar en su puesto el gobierno. No son violados los fueros universitarios, ni apaleados los pacíficos transeúntes, ni pisoteadas las honradas togas impunemente. En España hay todavía dignidad y vergüenza, y donde quedan dignidad y vergüenza, no se permiten batidas salvajes en una población culta.»

«Ya ha jugado con el decoro de la patria, poniendo su orgullo á los pies del gobierno italiano; ha jugado con la fortuna del país declarando oficialmente sucias unas poblaciones y no atreviéndose á declarar otras que tal vez lo estaban más; ya ha causado la ruina de la industria y del comercio, ofreciéndonos por toda perspectiva el hambre. Si después de esto hemos de consentir que apaleen ciudadanos, que atropellen á los rectores y catedráticos de las Universidades, que auechillen á jóvenes imberbes, casi niños; si todo esto lo hemos de aguantar pacientemente á trueque de que los conservadores vivan y manden y realicen todos los actos de la barbarie que les dé la gana, entonces renunciemos á nuestra condición de hombres libres y preparémonos á ser esclavos, ó con más propiedad, bestias de carga.

No hay otra solución. O se van los conservadores, y en primer término los señores Romero y Cánovas, ó España merecerá ser tratada como un pueblo africano.»

La Iberia:

«La indignación pública debe caer en primer término sobre el gobierno que ha dispuesto la emboscada que ayer se dió en las calles de Madrid, con escándalo de todas las personas no nobles sentimientos, á quienes repugna, sean cuales fueren sus opiniones políticas, la bárbara agresión de una fuerza armada contra jóvenes inermes.»

El Pabellón Nacional:

«No son estos momentos á propósito para discutir, sino para obrar. Bien mirado, el acto de salvajismo llevado á cabo por los sicarios del gobierno, la ofensa inferida á nuestro primer centro de enseñanza, son cosas que no se discuten. Se sienten, abrasan el pecho con indignación y encienden el rostro con el calor de la vergüenza, y piden consejo á la ira.

No son estos momentos de discutir, sino de protestar en todas las formas posibles, en todos los tonos, de todas suertes.»

«La reacción se ha apoderado del alma y del cuerpo de esta situación, y con la reacción no hay avenencia posible ni posible trato. Hay que exterminarla sin piedad antes que, consumada su obra, nos encontremos aherrojados, esclavos, miserables y envilecidos.»

«Si no bastara la protesta enérgica y valiente de la prensa, protesta que no cederá un ápice; si no bastaran la noble entereza de los profesores y la enérgica actitud de los escolares y la unánime indignación del país, ahí están las madres que no olvidan, que no olvidarán nunca los días de lágrimas y de amarguras y de angustias á que las ha tenido sometidas el sable de la soldadesca de Oliver, blandiéndose sobre las cabezas de los pedazos de sus entrañas.

Y las madres no perdonan cuando de sus hijos se trata. Así es que si el olvido quisiese cubrir como fría losa el recuerdo de escenas horripilantes, de verdadero salvajismo, ahí estarían ellas para incitarnos á pedir justicia y venganza.

Justicia que se obtendrá, pese á quien pese; venganza que se traducirá en el castigo de los culpables, como saludable escarmiento de gobernantes que hacen del poder un uso peor aun que el que ejercitan los despotas mandarines del Celeste Imperio.»

El Oriente:

«Iniquidad y alevosía. En vano sería que quisiésemos llenar esta sección de nuestro periódico con la reseña de los acontecimientos políticos de la semana. La indignación, la rabia, la vergüenza, todos esos sentimientos que se apoderan de un alma honrada en presencia de los grandes crímenes ó de las grandes injusticias, embárganos en este momento, robándonos la calma y ofuscando nuestra razón. Todavía creemos estar oyendo los ayes de las víctimas. Aun se nos figura estar viendo aquella turba de sicarios perseguir, sable en mano, á jóvenes indefensos, y correr la sangre inocente, manchando el templo consagrado á la ciencia, cuyos sacerdotes, insultados, atropellados, clamaban en vano por hacerse respetar de aquella especie de turba, ávida de sangre y deseosa de presa con que satisfacer sus brutales instintos.»

Y cortamos aquí, rogando á *El Independiente*, á *El Eco Nacional*, á *El Día*, y á cuantos han protestado también digna y enérgicamente contra los sucesos de estos días, que nos dispensen, por no haber podido reproducir, por falta de espacio, algo de lo mucho bueno que han dicho.